

En fin, consideré mi posición con mas calma, y acabé por burlarme de mí mismo, como de un espíritu sencilló é ingénuo que se habia formado un mundo con sus recuerdos y que prolongaba de una manera indefinida su dichosa infancia, sin ver que el tiempo habia hecho surgir la realidad de todos lados para disipar las ilusiones de aquel obstinado sueño.

Era, pues, natural que aquel desencanto repentino me hiciera daño; pero el golpe no podia repetirse: la venda habia caído y en adelante yo veria las cosas á la luz de la razón, segun debia verlas un adolescente que era casi un hombre.

Por conclusion de estas reflexiones resolví, con una notable tranquilidad de espíritu, conducirme con mis bienhechores como si no hubiera entre ellos y yo otros lazos que sus beneficios y aceptar mi suerte tal como me la presentaba la bondad de Dios y su generosidad.

XIV

DESDE aquel dia Rosa fué igualmente benévola para mí y yo me hallaba contento del afecto que me demostraba; mas apesar de la resolución que yo habia tomado de desechar sueños raros, alguna cosa faltaba á mi dicha: una inquietud secreta descendia como una niebla á mi espíritu: el sentimiento del deber me daba fuerza para ocultar á los ojos de Rosa y de sus padres esa melancolía que me devoraba, pero no de dominarla enteramente.

La amistad que Rosa me demostraba y nuestras conversaciones mas íntimas, no se separaban jamás de las reglas de la mas estricta conveniencia: nunca pronunciaba ella mi nombre, sin añadir la palabra ceremoniosa de *monsieur*; su lenguaje, siempre afable, estaba lleno de una política demasiado estudiada para ser nunca familiar.

En cuanto á mí, que me habia condenado al respeto y á la deferencia, y me habia hecho una ley de no pasar mas adelante, es fácil comprender que su ejemplo me imponia la mas grande reserva.

La consecuencia de nuestra posición respectiva fué que no me sentia con deseo de ir á casa de mis bienhechores, fuera de las ocasiones en que el deber me lo mandaba: en cambio me ocupaba mas de mi estatua, que me representaba la verdadera, la sencilla, la dulce Rosa y que me de-

volvía mi hermana de otras veces, *mi pequeña madre!* frecuentemente se pasaban quince días entre cada una de mis visitas á casa de los señores Pavelyn, porque cuando me era posible evitarlo no iba, y solo aparecía en ella los domingos que debía comer allí, costumbre que seguía desde mi llegada á Amberes.

Tres meses hacia que reinaba esta reserva en mi conducta, cuando un cambio radical habia tenido lugar poco á poco y casi insensiblemente en la manera de ser de Rosa, con respecto á mí: habia mas sensibilidad en sus palabras y mas cordialidad en su sonrisa: parecíame que empezaba á desear mi presencia y que se ponía contenta cada vez que me veía llegar á casa de su padre: ella misma les insinuó que debían imponerme como un deber el que los visitase todas las semanas.

Manifestó un deseo singular de cantar al piano conmigo y ella misma enseñó los trozos mas notables de la música en boga entonces: mi voz—decía—tenía alguna cosa de expresiva, de simpática y de penetrante que le agradaba: frecuentemente se le escapaba mi nombre sin preverlo de la palabra *monsieur*; pero cada vez que esto sucedía parecía confusa de su olvido y repetía mi nombre acompañado de la fórmula ceremoniosa.

Algunas veces veía tambien que detenía sus ojos sobre mí con una fijeza extraña: aquella mirada profunda y firme me hacía temblar sin saber yo mismo la causa: quería explicarme esta impresion por la razon de que aquellas miradas eran las mismas que las que brillaban en los ojos de Rosa cuando éramos niños: solo era, pues, un recuerdo lo que me turbaba.

Aunque Rosa parecía siempre alegre en mi presencia caía algunas veces en una inexplicable tristeza, y en medio de nuestras conversaciones se absorbía con frecuencia en extrañas distracciones: sus padres la acusaban, riendo, de la rareza de su carácter y decían que en algunas ocasiones

quedaba pensativa y silenciosa durante largas horas: que despues se abandonaba á transportes de alegría muy singulares para caer inmediatamente de nuevo en una melancolía inexplicable: creían de buena fé que su hija echaba de ménos el hermoso clima y el cielo puro de Marsella: pero Rosa, sin contradecir abiertamente esta suposicion, afirmaba no obstante que no se sentía con el menor deseo de dejar su ciudad natal.

De esta suerte íbamos avanzando hácia el mes que traía el día del aniversario de Rosa: mi estatua se hallaba del todo acabada y habia ya hecho los preparativos necesarios para modelarla en yeso: maese Juan dijo á Mr. Pavelyn que desde hacia muchos meses trabajaba yo sin comer ni beber, por decirlo así, en una doble estatua y que desde entonces manchaba su casa de yeso de la misma manera que si diez albañiles trabajasen en ella.

La descripción que maese Juan hizo de mis estatuas y de lo que representaban, excitó de tal manera la curiosidad de Mr. Pavelyn que quiso saber de mí mismo, en qué trabajaba yo desde hacia tanto tiempo en secreto: yo se lo confesé, añadiendo que deseaba ofrecer á Rosa mi primera obra de arte y que le habia ocultado este proyecto para sorprenderla mas agradablemente, dándole mi composición completamente acabada, si mi obra obtenía la aprobación de su padre, como lo esperaba.

Mi protector, quedó encantado al saber que yo tenía bastante confianza en mis fuerzas para ejecutar solo una creación mia, sin consultar á mis maestros y á mis amigos; y sin invocar su ayuda; parecía muy impaciente de juzgar por sus propios ojos el éxito de mis esfuerzos, y le ví tomar tanto interés por este primer ensayo, y dar tanto precio á aquel primer producto de mi arte, que no hubiera estado mas interesado su amor propio, si él hubiera trabajado conmigo, y si hubiera puesto en él todas las fuerzas de su talento.

Tuve que prometerle que le llevaria á mi taller, en seguida que sacase mis estátuas del molde y que les diese la última mano.

Algunos dias despues, conduje en efecto á Mr. Pavelyn á mi cuarto y le mostré mi grupo terminado, colocado sobre un pedestal de madera, y alumbrado en plena luz, con la de un radioso dia que penetraba por mi ventana.

El miró mi obra durante algunos minutos, sin pronunciar una palabra: mi corazon empezaba ya á oprimirse, pensando que aquel silencio era quizá un signo de desaprobacion: mas de repente Mr. Pavelyn me tomó la mano, la estrechó con fuerza y me dijo con el acénto de la emocion mas sincera.

—Leon, no solamenté has creado una bella obra de arte, si no, que lo que vale mas, has dado al concluir la prueba de la bondad y belleza de tu corazon: no, yo no me engaño, acerca del sentimiento de tu composicion: el ángel de la proteccion, es mi hija; por un sentimiento de esquisita delicadeza, has reproducido sus facciones, tales como era cuando compré el castillo de Bodeghem: Rosa está perfectamente semejante, y me parece que toda aquella época, se abre de nuevo ante mis ojos; ese niño que inclina la cabeza, eres tú, Leon, y debo reconvenirte por el exeso de tu humildad: haber hecho de tu primera creacion, una manifestacion de reconocimiento, es un acto que te honra. Leon, estoy contento de tí!

Mi protector se puso á enumerar en seguida los méritos, que él creia hallar en mi obra: su cariño hácia mí le hacia sin duda exajerarlos, porque segun su parecer, yo habia llevado á cabo un trabajo de primer orden.

Al oírle, mi corazon palpitaba alegremente; y mis ojos estaban llenos de dulces lágrimas: ¡es tan grata y tan seductora, la primera aprobacion que un artista recibe, como prenda de su futura gloria! y además era un protector quien admiraba mi obra, y estaba contento de ella: yo era

ya un verdadero artista, tímido, y acaso inhábil todavía: pero al fin, era verdad que era artista!

Mr. Pavelyn me dijo que mi composicion era bastante notable, para merecer los honores de la exposicion pública, sintiendo vivamente que aquel año no la hubiese: quedóse un instante reflexionando, y de repente, se hirió la frente con la mano, como si le hubiera ocurrido una idea feliz.

—¡Ah qué dichoso pensamiento! exclamó con alegría; escúchame, Leon: yo he pensado dar un gran baile, para celebrar el cumpleaños de mi hija, y para presentarla en el mundo: despues de la comida, ofrecerás á Rosa tu grupo: haré preparar por los tapiceros de mi casa, un nicho en el fondo del gran salon, y allí se colocará: por la noche, tu obra será el mas bello ornamento de la fiesta, y todos mis amigos, toda la buena y elegante sociedad de Amberes, apreciará y admirará tu talento.

Arriesgué algunas objeciones y quise hacer comprender á mi protector, que era demasiado jóven é inesperto, para exponerme ya al fallo del público: mas su idea le halagaba mucho para que renunciase á ella.

Antes de dejarme, me hizo mil preguntas relativas á la colocacion de mi grupo, y cuando se despidió de mí, me dirigió las mas tiernas y entusiastas felicitaciones.

Cuando volví á mi cuarto, levanté los ojos y las manos al cielo, dando gracias á Dios por este favor inesperado.

Largo tiempo estuve en contemplacion delante de mi estátua: acercábame á ella, me alejaba, daba vueltas al rededor suyo, balbuceaba palabras sin sentido, reia, saltaba. . . en mi enajenamiento, creia en efecto, descubrir en mi obra una multitud de bellezas, que antes no habia notado, y no me hallaba léjos de sentir la misma admiracion que Mr. Pavelyn.

En fin, mi cuarto se me hizo demasiado estrecho para contener la alegría que desbordaba de mi corazon, y ba-

jando la escalera á saltos, me encontré en la calle: mi pecho palpitaba: llevaba la cabeza levantada, y el orgullo brillaba en mis ojos: parecíame que cuantos pasaban, debían saber que yo era un artista: en mi agitacion casi infantil, me asombraba el ver que casi todos seguian su camino sin mirarme; mas aun á pesar de esto, sentia una dicha inefable, y estuve paseándome con embriaguez hasta el momento en que la hora de la clase de la noche, me llamó á la Academia.

Mis compañeros me encontraron de un humor desapa- cible; ninguna atencion puse á lo que se hablaba al derredor mio, y no respondí, ni acaso oí ninguna de las preguntas que me dirijieron.

¿Y cómo habia de entenderlas? hallábame demasiado sumergido en mis dulces sueños; y lo que me turbaba era el dulce secreto que existia entre mi protector y yo, y que por nada del mundo hubiera yo revelado á nadie.

XV

EL dia deseado por mí, con tanto ardor, habia llegado en fin: algunas horas solo debian pasarse, para que el baile empezase.

Mi grupo habia sido trasportado á casa de mi protector, y dos obreros se ocupaban en colocarle en el salon, sobre un magnífico pedestal, segun mis indicaciones.

Mr. Pavelyn, que se hallaba presente á este trabajo, se frotaba las manos con alegría, y mostrando suma impaciencia, porque yo le impedia el ir á buscar en seguida á su mujer y á su hija, objetándole, que tenia que hacer algunas correcciones en mi grupo.

Yo era presa de una zozobra mortal: todo parecia temblar en mí; mi respiracion era penosa; mi garganta estaba seca: y aunque sentia que la emocion me abrasaba las mejillas, un sudor frio humedecia mi frente.

¡Momento solemne! la que me habia hecho artista, iba á fijar sus ojos sobre mi creacion!

¡La que habia sido y era el objeto único de todos mis pensamientos, de mi esperanza y de mi orgullo, iba á juzgarme!

¿Sofocaría ella la fé en mi corazón, ó me daría fuerzas y valor, para seguir un glorioso camino?

¡Qué bella y atrayente era mi estatua, en el suntuoso nicho, donde la habian colocado, en el testero principal del salon! Cómo resaltaba la purísima blancura del mármol, sobre la tapicería de terciopelo rojo oscuro, que decoraba las paredes del salon, y vestía el hueco donde se le habia colocado! Cómo eclipsaba con su deslumbradora nitidez, el esplendor de los ricos ornatos de oro que rodeaba por todas partes!

Bañadas con una viva luz y acariciadas por los reflejos de púrpura, del terciopelo, mis figuras parecian animadas: hubiérase dicho, que la sangre circulaba por sus venas, y que un vapor etéreo, un fluido misterioso, alguna cosa de impalpable y de trasparente las animaba! La mirada de los espectadores debia quedar sorprendida y encantada, desde el primer golpe de vista!

Mientras que yo permanecía abismado en la muda contemplacion de mis estatuas, Mr. Pavelyn, hizo salir del salon á los obreros, y los siguió diciéndome que iba á buscar á su mujer y á su hija.

Apoderóse de mí un temblor convulsivo, y semejante al del reo, que espera á su juez: ¿no debia la sentencia, que iba á pronunciarse, decidir de mi vida? ¿podria yo tener fé en mí mismo, aun cuando el mundo entero me aplaudiese, si la aprobacion de Rosa faltaba á mi talento?

Cuando la ví aparecer, mi emocion fué tal, que toda mi sangre se agolpó violentamente á mi corazón, y con la palidez de la muerte en el semblante, me ví obligado á apoyarme en un mueble, para no sucumbir á mi inexplicable terror.

Rosa se acercó al grupo, y segun su padre habia hecho, le contempló en silencio, durante largo rato: Mr. Pavelyn, en tanto la explicó, lo mismo que á su madre, que las facciones del ángel de la proteccion, como él llamaba á la

estatua, eran las de una niña, á cuya piedad debia Amberes un artista distinguido, añadiendo que aquel admirable grupo, era el regalo que yo hacia á Rosa, por ser el dia de su cumpleaños.

La jóven, segun mi parecer, no oyó las palabras de su padre, y miraba sin pestañar el grupo, con sus grandes ojos azules, muy abiertos.

Yo veia su pecho levantarse con una inspiracion agitada, y sus mejillas vestirse con las nubes rosadas de una emocion, no menos violenta que la mia.

—¿Qué dices de esta obra maestra, Rosa? Parece que te ha dejado muda! exclamó Mr. Pavelyn: no la hallas muy bella?

Rosa fijó en mí una larga mirada: una mirada tan profunda, que la palpitacion de mi corazón se detuvo de repente: alguna cosa me preguntaba. . . . ¿pero, qué era?

—¿Has perdido el uso de la palabra? preguntó su padre, riendo: vamos, dinos á tu madre y mí, lo que piensas de la primera obra de Leon!

—¡Oh! que es muy hermosa. . . ! demasiado hermosa! balbuceó con voz ahogada.

Un rubor mas vivo, coloreó su frente, y confusa de su emocion, se separó de mí, cubriéndose el rostro con ambas manos.

Decir lo que sentia yo, es imposible.

Me hallaba aturdido: todo se confundia en mi cerebro: mi corazón no podia contener la dicha: y veia ante mis ojos, toda una cosecha de laureles y de palmas, que se extendia á mis piés.

Veia abrirse el porvenir y la muchedumbre entusiasta, aplaudir con sus mil manos al artista, á quien la aprobacion de Rosa, como una palabra mágica, habia dado el poder de crear maravillas.

En fin, nuestra emocion se calmó un poco, gracias á las observaciones joviales de Mr. y Mme. Pavelyn.

Entonces se habló de los detalles de mi composición, y para colmo de ventura, ví salir de los labios de Rosa el testimonio, dos ó tres veces repetido de su viva admiración.

Hablóme muy poco sin embargo, y parecía ser presa de pensamientos que la absorbían por completo: pero sus ojos brillaban de una manera singular, y cada vez que su mirada se detenía en mí, yo me hallaba agitado hasta el fondo del alma por una sensación desconocida.

El tiempo se pasó con la rapidez del relámpago: ninguno de nosotros había reparado que la luz del día iba disminuyendo, y que las sombras empezaban á caer.

Mr. Pavelyn estaba orgulloso y lleno de alegría con mi obra: me hablaba con entusiasmo y se complacía en pensar en el porvenir que su protección me había preparado. Me ofreció que no me abandonaría hasta que hubiera adquirido la brillante fortuna y el glorioso nombre que para mí presagiaba.

—Muchos jóvenes artistas, me dijo, se ven detenidos en su carrera por la necesidad de trabajar demasiado pronto para ganar su vida; pero yo desembarazaré tu camino de este obstáculo y te daré los medios necesarios para que no te ocupes más que de verdaderas obras de arte.

La llegada de los criados, que venían á iluminar los salones, advirtió á Mr. Pavelyn, á su esposa ó hija que ya era tiempo de que fueran á vestirse, y él mismo me dijo que volviera también á mi casa, á fin de ponerme un traje de baile, pues no tardarían ya en llegar algunas gentes.

XVI

CUANDO volví á casa de mi protector, un gran número de convidados se hallaban ya reunidos: al entrar en el salón quedé deslumbrado por la riqueza de los trajes de las señoras: todo era seda, encajes, oro y perlerías.

No me atreví á mezclarme con las personas á quienes la fortuna colocaba tan por encima de mí; pero Mr. Pavelyn me tomó por la mano, me presentó á la sociedad como el autor del bello grupo y me llevó delante de mi obra, que se hallaba rodeada de un círculo de espectadores.

Cada uno me dirigió algunas palabras benévolas: algunas personas me expresaron más calurosamente que otras su admiración por mi primera obra: todos me felicitaron y me predijeron una carrera brillante, y durante largo tiempo yo fuí el objeto de la atención general.

Rosa había entrado con su madre en el salón y se había aproximado á mí sin que yo la viese hasta que ya estaba á mi lado. Parecía que ella recogía con más satisfacción que yo mismo las alabanzas que caían de los labios de los circunstantes, y cada vez que alguno de ellos exclamaba: ¡Magnífico! ¡Perfecto! la alegría brillaba en sus ojos y una dulce sonrisa iluminaba su semblante.

¡Qué hermosa estaba Rosa aquel día! En la corona na-